



Pax Christi

Queridos hermanos,

nos acercamos a la Solemnidad de la Asunción de María al Cielo, ocasión para que nuestra familia religiosa, como la Virgen en el Magnificat, glorifique a Dios por todos sus beneficios y renueve personal y comunitariamente la alianza hecha con Él mediante la profesión de los votos. En esta renovación, nos encomendamos a la intercesión de la Santísima Virgen, nuestra Celestial Patrona, para que seamos progresivamente transfigurados por Cristo en el camino de los consejos evangélicos.

Al desearles a cada uno plena alegría y un renovado entusiasmo, me gustaría compartir con ustedes algunos pasos de la Palabra de Dios que considero útiles e iluminadores para nuestra consagración.

El primer texto de las lecturas, propuesto por la liturgia, está tomado del libro del Apocalipsis (Ap 11,19; 12,1-6.10): “*Apareció en el cielo un gran signo... una Mujer revestida del sol*”, imagen del pueblo de Dios, un pueblo de pecadores, que al mismo tiempo es la Esposa de Dios que da a luz con dolor al mesías. Contra el pueblo y el mesías se erige el dragón, satanás, encarnación del mal, el cual cuando con su cola arrastró las estrellas del cielo despojó al pueblo de Dios de sus puntos de referencia, útiles para guiar el camino de los creyentes hacia la meta eterna.

El acusador desorienta nuestro camino hacia la unión con Dios, tratando de ocupar el lugar que el Resucitado nos ha preparado haciéndonos dignos de él. María -y con ella la Iglesia- aparece coronada con doce estrellas, es decir ella recibe y ofrece a los hombres, como un don, puntos de luz a través de cuales se orienta la *via paradisi*. De hecho, María se ofrece como una estrella resplandeciente, la *Stella Maris*: siguiéndola encontramos refugio en Dios, lejos de las garras del maligno, en el desierto donde Dios habla a nuestros corazones y nos convierte nuevamente en su Esposa.

La mujer del Apocalipsis está vestida de sol y, como canta el Salmo 45, brilla a la derecha del Rey vestida de oro de Ofir, es decir, revestida del oro más valioso que la humanidad jamás haya conocido. María resplandece como Reina a la derecha del Señor, este simbolismo nace de la consideración de que la Iglesia es la Esposa Amada de Dios, de la que María es miembro eminente, imagen perfecta y culmen de la humanidad.

El mismo libro de Juan, Ap 19,7-8, celebrando la derrota de la gran Babilonia, expresa una entusiasta invitación al regocijo:

«Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque han llegado las bodas del Cordero: su esposa ya se ha preparado, y la han vestido con lino fino

de blanchura resplandeciente». El lino simboliza las buenas acciones de los santos”.

He aquí que aquella mujer vestida de sol es la misma mujer vestida de lino fino y resplandeciente, es decir, la mujer envuelta por la luz divina que le es comunicada de su Hijo, Sol de justicia. Llama la atención que esa túnica de lino sean las obras de los justos.

La túnica purísima de la Iglesia, sin arruga ni mancha, "llevada" por María como su imagen, está hecha de las obras de los justos, es decir, está hecha de las obras justas de los bautizados, el entretejido y la trama de esta túnica son nuestras buenas obras, el hilo es la gracia del Espíritu que se nos da como don.

Esta Palabra se dirige a nosotros y nos interpela personalmente:

- Observándome atentamente en mi vida cotidiana... ¿Cuáles de las obras que realizo son un reflejo concreto de mi contemplación de María, "Virgen hecha Iglesia" -como la define san Francisco de Asís- nuestra madre y maestra?
- ¿Qué tela se está tejiendo en mi vida ofrecida como ofrenda santa para santificar a la Iglesia, Esposa de Cristo? ¿Con cuál *habitus* me visto? ¿Mis obras habituales están en armonía con el vestido que llevo como signo de mi especial consagración?
- ¿Mi vida está enteramente al servicio de la Iglesia, aquella por la que el Cardenal Baronio dijo que sería preferible disolver la Congregación antes que fallarle a la Iglesia?

Sería bueno poder comprobar que, incluso en las pequeñas cosas, cada uno de nosotros se conciba como un siervo disponible, aun en medio de dolores del parto, a realizar buenas obras, para así poder tejer parte del vestido de la Iglesia-Esposa, evitando a toda costa de "desnudarla" a través de obras que sólo responden al "*interés propio*" (Carta SJL 16.09.1603). ¡No nos refugiamos bajo un manto que nuestras obras, como la polilla y el óxido, han deteriorado!

Sin duda sería causa de gozo que pudiésemos tener la certeza de vivir plenamente el memorial de nuestras vestiduras, blanqueadas en la sangre que proviene del sacrificio de Cristo.

Podríamos empezar a caminar por la ruta que nos ha sugerido el texto bíblico, cual estrella matutina, poniendo atención a las palabras que a diario decimos y que además revelan quiénes somos, para discernir cuánto están relacionadas con la Palabra de Dios y cuánto en ella se inspiran, o si son influjos y sugerencias de otra naturaleza.

Quizás nos encontraremos con un extenso uso del adjetivo posesivo para definir *mi pensamiento, mi vocación, mi idea, mi voluntad, mi familia...* aquí podríamos decidir, fortalecidos por la invitación del santo Fundador, a buscar los remedios adecuados y poner a los pies de la Virgen Esposa al menos una de nuestras "*mayores imperfecciones*" (Carta SJL 24.08.1601) pidiendo la gracia y la fuerza para afrontarla y superarla.

De todo corazón deseo para todos nosotros, incluyéndome, que iniciemos a ejercitarnos en un uso cada vez más virtuoso del posesivo personal, que nos lleve más hacia un movimiento de oblación y entrega a los demás en la *sequela Christi: mi disponibilidad, mi obediencia plena, mi sacrificio, mi donación por el bien de la Orden (mi familia) y de la Iglesia*, por la cual considero todo lo demás secundario y gracias a la cual recibo el ciento por uno, ya desde ahora y en la vida eterna junto a María cuando vendrá el Señor.

Deseo para cada uno de nosotros una renovada fidelidad a la caridad de Cristo, en la Orden y en la Iglesia, con la gracia del Espíritu Santo, bajo el patrocinio de María, nuestra Celestial Patrona, y con la ayuda de san Juan Leonardi, nuestro Padre.

Devotísimo en Cristo

Roma, 6 de agosto de 2023

Fiesta de la Transfiguración del Señor

p. Antonio Piccolo
Rector General OMD